

## **CARTA DEL OBISPO**

### **LA FE EN LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS**

**+Vicente Jiménez Zamora**  
**Obispo de Santander**

Durante el mes de noviembre, el pueblo fiel recuerda a los difuntos y practica diversos ejercicios piadosos nacidos de la fe cristiana y de la liturgia de la Iglesia. Especialmente en torno al día 2 de noviembre, conmemoración de todos los fieles difuntos, nuestros cementerios se convierten en lugares de peregrinación de devoción y amor a nuestros seres queridos difuntos. En esta *Carta pastoral* ofrezco algunos puntos sobre la fe en la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

Dios es el futuro del hombre. No es un Dios de muertos, sino de vivos. A Dios no le agrada una existencia llena de sufrimientos, contradicciones y dolor, destinada fatalmente a una muerte que rompe todos nuestros logros y vacía de contenido nuestros proyectos. En Cristo Resucitado por el Padre descubrimos que Dios no defrauda al hombre, pues está dispuesto a salvarlo, incluso por encima de la muerte.

Dios no permitirá que una vida vivida “en el espíritu de Jesús”, desde el amor y para el amor, en la obediencia al Padre y en servicio a los hermanos, termine en la destrucción de la muerte. En medio de esta vida, en que todo se encamina hacia el final de la muerte, nosotros “no ponemos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos” (2 Cor 1, 9).

En la resurrección de Jesucristo, Dios mismo se nos ha revelado como el horizonte último que da sentido a la historia humana. Ahora sabemos que la humanidad no camina hacia el vacío. La historia de los hombres no es algo enigmático, sin meta ni salida alguna. La vida de los hombres no es un breve paréntesis entre dos vacíos silenciosos. El sufrimiento, las injusticias, la opresión, la muerte no tienen la última palabra. El mal ha quedado “despojado” de su poderío absoluto.

Es cierto que las muertes, las luchas y las lágrimas de los hombres continúan. Pero, ahora sabemos que a esta vida “crucificada” le espera la resurrección. Es cierto que en el mundo sufrimos “tribulación”, pero vivimos con esperanza, porque Dios ha vencido en Cristo al mundo (Jn 16, 33).

Pero hemos de decir algo más. En la resurrección de Cristo no se nos revela solamente el triunfo de la fuerza salvadora de Dios sobre el mal y la muerte, sino también la victoria de la justicia de Dios por encima de las injusticias de los hombres. La intervención salvadora de Dios resucitando al Crucificado nos revela su protesta final y reacción decisiva ante la injusticia y la violación de la dignidad humana. Dios es el defensor y salvador último de los crucificados. Una vida crucificada en el servicio a los hermanos y en la defensa de los crucificados es la mejor expresión de fe y de esperanza en el Dios de Jesucristo.

La Iglesia al recordar a los difuntos, aplica sufragios por los difuntos e implora la vida eterna no sólo para los discípulos de Cristo muertos en su paz, sino también para todos los difuntos, cuya fe sólo Dios ha conocido. Estos sufragios son, en primer lugar, la aplicación de la celebración de la santa misa, y después, otras expresiones de piedad como oraciones, limosnas, obras de misericordia e indulgencias aplicadas en favor de los difuntos., “porque santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos para que queden libres de sus pecados” (2 Mac 12, 46).